

JUEVES SANTO.

EVANGELIO DE SAN JUAN.

cap. 13. v. 1.

*Jesús habiendo amado á los suyos,
que estaban en el mundo, los amó
hasta el fin.*

INSTRUCCION.

Si es cierto que los prodigios de la vida de Jesu-Christo son un testimonio sensible de su grandeza, ésta se prueba á proporcion de la magnitud de estos mismos milagros. Jesu-Christo, grande en sí mismo, no tenia necesidad de manifestar todo su poder para gozar del esplendor esencial á su naturaleza; pero nosotros teniamos necesidad de que se manifestase exteriormente para conocer la inmensidad de esta naturaleza misma; y sobre todo la de su caridad. Ningun milagro prueba mejor una y otra cosa, que el de la Eucaristía: en primer lugar, porque es único en su

especie; en segundo, porque corresponde á todos los prodigios que ha obrado Dios sobre la tierra; en tercero, porque se renueva sin cesar, y porque sin interrupcion goza la Iglesia del fruto de esta maravilla; en quarto, porque se perpetua en la eternidad; y en fin, porque al mismo tiempo es la gloria de los elegidos en el cielo, y el recurso de los Christianos en la tierra.

La Iglesia empieza por la meditacion de este misterio, la de todos los prodigios de misericordia y de caridad, que va Jesu-Christo á obrar en estos dias; y este milagro es muy propio para hacernos entrar en el espíritu de estas diferentes solemnidades. En efecto en la institucion del Sacramento adorable de la Eucaristía encontramos quanto la misericordia, la providencia y la caridad de un Dios pueden inspirarnos de más tierno y útil para sus criaturas. No es este uno de esos milagros particulares que no instruye sino á un pequeño número de Christianos, y que no interesa sino á un cierto orden de pecadores. Este es un milagro universal, propio para fixar la atencion de todos, y que ofrece á todos recursos inagota-

bles. Apliquémonos, hermanos míos, á meditarle á medida que adelantemos en el conocimiento de los caracteres de grandeza propios de este milagro: penetremos de los sentimientos de reconocimiento y de amor que debe inspirarnos. Todo es instructivo en el misterio de la Eucaristía hasta la circunstancia de su institucion.

En el último instante de la vida de Jesu-Christo, en la última cena que hace con sus Apóstoles, en el momento de su sacrificio es quando toma el pan, da gracias á su Padre, le bendice, y le da á sus Discípulos, diciendo: tomad y comed, esto es mi cuerpo. Esta accion, que mirada á primera vista, parece que debe colocarse en el número de las acciones más comunes, es no obstante el más útil y maravilloso de todos los sucesos de la vida de Jesu-Christo. Ha llegado pues el tiempo de dexarnos, porque le llaman las órdenes de su Padre; pero su amor le sugiere el medio de satisfacer al mismo tiempo á su obediencia y á su caridad. El ha estudiado nuestra naturaleza revistiéndose de todas nuestras flaquezas, á excepcion del pecado, y

sabe que se necesita para nuestra alma un alimento, para nuestra debilidad un apoyo, para nuestra ceguera una guia, y para nuestra enfermedad un remedio. Todos estos recursos y ventajas se reúnen en el sacramento de su cuerpo. Primero: alimento de nuestra alma. Nuestra alma, como nuestro cuerpo tiene sus necesidades: la sed y la hambre la mortifican sobre manera. La sed que la seca es el deseo de conocerlo y penetrarlo todo, y la Eucaristía es la luz que la ilustra. Codiciosa del bien para que está destinada, lo busca muchas veces donde realmente no está, este es el hambre que la devora, y la Eucaristía es la prenda, y el gusto precursor de la inmortalidad que espera. Por tanto estamos autorizados los Ministros del altar para dirigir á los Christianos estas palabras del Profeta. Acercaos á él y sereis ilustrados. La Eucaristía es la luz de los simples, y mientras que los orgullosos se pierden entre la extension de sus conocimientos á investigaciones, se ven almas limitadas que encuentran en el santo y habitual uso de este Sacramento luces que les descubren los consuelos que en-

cierran nuestros misterios: que les deciden los puntos mas oscuros de la moral: que los conducen por los caminos y senderos mas dificiles, y que les dan á conocer la ilusion y la mentira de las tentaciones mas seductoras. Muchos que hacen gala de ser espirituales, procuran instruirse únicamente por medio de la frecuente lectura de los libros devotos; pero un Christiano verdaderamente humilde, sin abandonar ni despreciar este recurso, encuentra en la Eucaristía un espíritu de inteligencia que le hace recibir las verdades con fe, meditarlas con atencion, y aplicarlas á su aprovechamiento y su reforma. Aquí es donde encuentra su alma el agua que estanca su sed, y que salta hasta la vida eterna. Aquí echándose ansiosa de bruces en los manantiales del Salvador, se alimenta, se fortifica y engorda. Aquí encuentra ese maná oculto, figura del que llovió en otro tiempo en el desierto, que no se corrompe, y que le inspira disgusto para los demas alimentos de que se sacian los pecadores. El pan adorable no produce en ella una trabajosa hartura, y quanto mas se recibe, tanto mas se desea.

El hace el maravilloso efecto de saciar y de dar hambre á los que se alimentan de él: tambien les harta calmando todos sus ardores, saciando todos sus deseos, y excita en ellos el hambre de la eternidad, dándoles á entender que aquí es donde será cumplida su esperanza, y satisfechos sus deseos. ¿Qué ingeniosa es, hermanos míos, la caridad de un Dios que ha encontrado el medio de alimentar un cuerpo mortal con el pan de los Angeles; de hacernos gustar en el destierro el pan de la Patria, y de darnos en la mortalidad una prenda cierta de la inmortalidad que nos espera? El hambre y la sed son nuestras primeras necesidades; pero tambien son las primeras que se satisfacen en la Eucaristía. Nuestra flaqueza pide un apoyo, y la caridad de Jesu-Christo nos le presenta en este augusto Sacramento. De esta manera no caminamos solos, y aunque el camino que conduce á la Patria esté lleno de obstáculos, Jesu-Christo afirma nuestros pasos por la virtud de su Sacramento, y nos hace superar las dificultades mas espantosas é inaccesibles. Así la Iglesia, quando nos instruye sobre

este grande misterio, nos hace observar en él un medio poderoso de resistir á la concupiscencia, de librarnos de los enemigos que nos atacan, y de vencer las tentaciones que nos presentan. El pan que se come en el altar, no solamente es el pan de los fuertes, sino tambien el pan de la fuerza; y aquel que le come con santas disposiciones, puede como el padre de los Profetas caminar con seguridad fortalecido con este alimento adorable. Los violentos combates que sostuvieron los primeros discípulos del Christianismo en aquellos dias en que además del enemigo interior, veian armados contra sí el inferno y todo su furor, la idolatría y todos sus errores y supersticiones, los Reyes de la tierra y todo su poder fueron vencidos con el auxilio de este pan del cielo. En este tiempo, dice San Cipriano, salian los fieles de la mesa de Jesu-Christo con la fortaleza de leones, respirando zelo por defender la religion á expensas de su vida. Entónces se les veía tambien pasar del altar al caldoso, y confesar publicamente baxo la cuchilla de los verdugos al Dios que acababan de recibir baxo las especies

Eucarísticas. ; Esta doctrina no es conforme, hermanos míos, á la que Jesu-Christo mismo nos enseña en la institucion de este Sacramento? En efecto, quando los Apóstoles estan cerca de padecer la tentacion mas violenta, y quando se consideran mas flacos para resistirla, entónces los alimenta Jesu-Christo con su carne. Es verdad que todavía no tendrán la firmeza que se requiere, y que á pesar de la virtud de este Sacramento, sentirán los efectos de su flaqueza; pero solo perecerá el hijo de perdicion, porque ha comido su reprobacion y su juicio; los demas Apóstoles repararán inmediatamente su flaqueza con la confesion mas heroyca, con los testimonios mas generosos y la conducta mas santa: ellos en adelante serán deudores al Pan de vida del zelo que los anima, del valor que los inflama, y de la constancia con que sufren los mayores trabajos y las pasiones mas violentas. Finalmente; deben á la santa Eucaristía la sublime ciencia que derraman despues por toda la tierra, porque Jesu-Christo en este Sacramento no solamente es nuestra fuerza, sino tambien nuestra luz, y

por consecuencia es la guía que nos conduce por los senderos de la justicia. El Dios que se nos da en este Sacramento es, como dice el Apóstol San Juan, la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Aquí se nos descubren las verdades mas oscuras, se nos explican los misterios mas impenetrables, y se desenvuelven los principios mas sublimes de la moral: aquí es donde Jesu-Christo responde á nuestras dudas, calma todas nuestras agitaciones, y disipa las espesas nubes que las pasiones levantan. Quando un christiano sale de la mesa santa del altar, puede decir con el Profeta: He sido hecho mas sabio que los viejos, y mas ilustrado que los que tenian á su cargo el instruirme. En efecto, ¿no vemos todos los dias que las almas mas ignorantes y simples andan en los caminos de Dios con mas prudencia y sabiduría que los christianos mas sabios é instruidos, porque de la participacion frecuente de este Sacramento sacan los principios y las luces que no podrian adquirir á costa de años y de estudios? El Profeta pedia á Dios que iluminase sus ojos, á fin de que el sueño de la

müerte no viniese nunca á cerrárselos; y nosotros, hermanos míos, podemos hacer á Jesu-Christo esta misma súplica desde la mesa del altar. Un christiano que participa de este Sacramento con santas disposiciones, tiene siempre abiertos los ojos sobre la ley de Dios para estudiarla, sobre los exemplos de Jesu-Christo para imitarlos, sobre su propia flaqueza para desconfiar de ella, y sobre los lazos del enemigo para temerlos y combatirlos. La divina Escritura es una luz que le sigue por todas partes, y que le descubre el vacío y la ilusion de quanto el mundo puede ofrecerle para seducirle. ¿Podrá entonces alimentar su espíritu con las fábulas y mentiras que se venden en el mundo? ¿Podrá satisfacer su corazón con las vanas promesas que hace el mundo á los que le adoran? La Eucaristía no solo nos mantiene, sino que nos quita el gusto de qualquiera otro alimento. Algunas veces nos admiramos del desprecio que manifiesta un Christiano de las tertulias y otras asambleas de pura diversion, de las conversaciones mas libres, de los placeres mas seductores y lisonjeros: se trata su repugnancia y su

desprecio de supersticion y de fanatismo ; pero si los que así juzgan , conociesen el don de Dios , y gustasen como él las inefables dulzuras de la mesa santa ; conocerian , dice San Juan Chrisóstomo , que no es posible soportar el disgusto y el fastidio que causan los platos y los guisados que el demonio sirve en la mesa de sus aduladores , quando se ha embriagado el christiano con el vino delicioso que Jesu-Christo le sirve en su santa mesa.

Esta luz que nos comunica la santa Eucaristía destruye las preocupaciones y los errores de una naturaleza corrompida. Muchas veces estamos de inteligencia con nuestro propio corazon para seducirle y engañarle , y otras tomamos por verdad las ilusiones de nuestro amor propio ; pero un christiano cuya vida es una continua preparacion para este augusto Sacramento , que todas las inclinaciones y los gustos los refiere á su participacion , y que no tiene otro fin en todas sus obras que conservar los frutos de este Sacramento ; puede caminar con toda seguridad por el camino de la salvacion , porque el espíritu de Jesu-Christo le ilustra , los

exemplos de Jesu-Christo le animan , y la mano de Jesu-Christo le sostiene.

Este Sacramento es tambien el remedio mas propio para nuestra flaqueza , y por tanto toma Jesu-Christo en él la forma de alimento : él repara las fuerzas de nuestra alma , y para ello se nos ofrece en la Eucaristía baxo los dos aspectos de sacrificio y de sacramento : como sacrificio cura las heridas que nos hace el pecado , como sacramento borra hasta las cicatrices : como sacrificio destruye el imperio que tienen las pasiones sobre nuestro corazon , como sacramento nos arma contra los nuevos asaltos de estas mismas pasiones : como sacrificio mitiga la cólera de su Padre dispuesta para destruirnos , como sacramento nos concilia sus misericordias. La Iglesia por tanto no separándose nunca de estos dos objetos nos hace sentar á la mesa despues de la oblacion de este augusto Sacramento. Y aunque la necesidad obliga algunas veces á reservar para los enfermos el Pan misterioso que comemos en el altar , les advierte con cuidado que aquel que se les presenta no es menos su víctima que su viático. ¿ Este nóm-

bre de viático no anuncia, hermanos míos, el remedio mas poderoso para nuestras enfermedades? ¿Qué otra cosa somos en la tierra que unos tristes viajeros destinados á recorrer por tiempo determinado los ásperos desiertos de esta vida sin otras provisiones ni alimentos que algunos manjares insípidos incapaces de satisfacer nuestro corazón? En efecto, ¿qué otro nombre podremos dar á los falsos bienes, que llevando tras sí nuestros pensamientos é inclinaciones, no pueden sin embargo llenar la capacidad de una alma hecha para un bien eterno? En la santa Eucaristía es, hermanos míos, donde se encuentra esa provision abundante, ese Pan de fuerza que nos sostiene en el viage. ¿Nos vemos fatigados como Elías, separados del término de nuestra carrera y de nuestra peregrinacion? pues tomemos con seguridad este Pan, y caminaremos por su virtud con toda confianza. Pero esta necesidad es todavía mas urgente en los últimos instantes de la vida, y quando la extenuacion universal de las fuerzas nos anuncia el término de nuestro viage. Así la Iglesia quiere que se le pidamos en este

último tiempo, y ella misma se apresura para traerlo. En aquella hora el Christiano que ha hecho durante su vida un santo uso de este alimento adorable, le desea con ardor, le recibe con fe, y en él encuentra el alivio de sus males, y la prenda de su inmortalidad. No nos admiremos pues, hermanos míos, á vista de todo esto de los homenajes exteriores que la Iglesia tributa á este misterio augusto, y de las disposiciones interiores que exige para recibirle. Entremos en sus sentimientos quando en el momento en que se llena de afliccion por la muerte de su Esposo, celebra la institucion de este adorable misterio. El contraste admirable de su dolor y de su alegría, de su tristeza y de su reconocimiento es muy propio para hacer entre nosotros las impresiones mas vivas: transportémonos con ella al cenáculo en que se celebra esta Pascua; coloquémonos en espíritu al rededor de este banquete venerable, en donde el Maestro alimenta á sus discípulos, el Padre á sus hijos, y el Pastor á sus ovejas dando su vida por ellas: tomemos parte en todas las circunstancias de este misterio interesante: recojamos todas

las palabras que salen de la boca del amigo mas afectuoso, y sobre todo alimentemos nuestra esperanza y nuestra fe con las que dixo al acabar esta cena misteriosa: desde hoy mas no beberé de este fruto de vid hasta aquel dia quando le beba nuevo con vosotros en el Reyno de mi Padre. ¡Quántas instrucciones y consuelos encierran estas palabras, hermanos míos! La Iglesia, siempre que nos sentamos á la mesa sagrada, nos distribuye este fruto precioso de la verdadera vid, de la qual somos los sarmientos; pero este vino tan delicioso, encubierto baxo los símbolos eucarísticos, exercita nuestra fe al mismo tiempo que la fortifica y la anima. Ahora se nos da en él á Jesu-Christo de una manera invisible; pero llegará tiempo en que se quite el velo que nos le oculta, y que participemos de este Pan adorable de una manera sensible. Todas las sombras serán disipadas en el *reyno de su Padre*: aquí el Pan de los Angeles será el alimento de los siervos y de los amigos: aquí el vino será el mas dulce consuelo de las almas puras; pero por ahora debemos contentarnos con la prenda de este rey-

no que nos da en su Sacramento. Ojalá que la humildad sea nuestra conductora para él, que la fe nos ilumine, que la esperanza nos sostenga, que la caridad nos anime, y que sea para nosotros el principio de una vida nueva en este destierro, así como debe ser un dia el consuelo de una vida eterna y bienaventurada. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA PASION DE N. S. J. C.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 19. v. 30.

Consumado es.

Todo se ha consumado, hermanos míos. Las predicciones de los Profetas, las esperanzas de los justos que habian acabado el término de su vida en gracia del Señor: todo lo que el amor infinito de un Dios podia prometer: todo lo que el corazon insaciable del hombre